Configuraciones discursivas en la Argentina 2020

Narrativas emergentes en la vida cotidiana.
Un abordaje desde los estudios feministas

Investigadora responsable

Valeria Fernández Hasan (UNCu)

Autoras

*Valeria Fernández Hasan (UNCu), Claudia Anzorena (CONICET),
Juliana Enrico (UNC), Lucía Fernández (UNCa), Paz Escobar (UNPSJB)
y Alicia Naput (UNER)¹*

■ Doi: 10.54871/cl23p20h

Introducción. Notas acerca del porqué de un abordaje feminista de narrativas y experiencias sobre/en pandemia

Nuestra investigación “Configuraciones discursivas en la Argentina 2020. Narrativas emergentes en la vida cotidiana: un abordaje desde los estudios feministas”, partió de una conjetura inicial: el confinamiento preventivo, derivado de la pandemia, trajo aparejadas

¹ Las autoras contribuyeron en igual medida en la producción de este trabajo y el orden de aparición se corresponde con el arbitrio del orden previo, correspondiente a la coordinación de los nodos del proyecto de investigación que da origen al escrito, por tanto, todas deben ser consideradas como primeras autoras al momento de difundir y/o citar el mismo.

problemáticas que no surgieron con la propagación de la enfermedad, sino que esta las exacerbó, ahondó y evidenció, configurando una suerte de emergente (Williams, 2009). A causa del deterioro de las condiciones materiales de existencia de lxs subalternizadx en razón de la clase, el género, la racialización, la migración, se profundizaron las desigualdades sociales y se agudizó la división sexual del trabajo. Al mismo tiempo, se intensificaron las violencias patriarcales (Cobo, 2016; Segato, 2003; Saffioti, 2015) y otras violencias derivadas de la propia situación de excepcionalidad, como también el abuso represivo de las fuerzas policiales en los dispositivos de control social (“baja policía”, en términos de Rancière, 1996). El acceso a derechos fundamentales, como la salud y la educación, fue puesto en riesgo, sometido a lo que denominamos una narrativa “totalizante” (Escobar et al., en prensa).

Uno de los problemas centrales de la época de pandemia fue la imposibilidad de continuar con los contactos sociales habituales. Con ello, lxs sujetxs tuvieron que cambiar su modo de vida en diferentes espacios: público, privado, social y del trabajo. Pero, mientras para algunxs el espacio privado devino lugar de actividades concentradas (escolares, reproductivas, laborales, sexoafectivas, etcétera), para los sectores urbanos subalternizados el confinamiento se extendió a las fronteras del barrio, o a la lisa y llana intemperie; en tanto para los sectores rurales se acentuaron el aislamiento y la fragilidad. Esto hizo ostensible la diversidad de situaciones que en la dinámica habitual de las sociedades permanecía invisibilizada, como lo mostró el tiempo del trabajo reproductivo no reconocido y no remunerado, mayormente realizado por mujeres, personas feminizadas o personas no heteronormadas. Tales temas han sido objeto de los estudios de género y feministas desde hace ya mucho tiempo (Boria, 2011), pero han cobrado hoy una visibilidad y necesidad singular que emerge de las condiciones producidas por la pandemia.

A lo largo de la investigación, y en las diferentes geografías que nos albergan (Cuyo, Centro, Noroeste, Patagonia y Litoral), nos propusimos describir y analizar desde una perspectiva feminista, por un

lado, aquellas narrativas que dieran cuenta de lo sucedido durante 2020 en las vidas cotidianas de las personas, a partir de la irrupción del COVID-19. En este sentido, logramos registrar la diversidad y heterogeneidad de las experiencias regionales que hablan acerca de cómo las vivencias personales, colectivas y de las comunidades fueron afectadas en los primeros tiempos del aislamiento social, preventivo y obligatorio [ASPO]; sobre todo atendiendo a aquellas narrativas que recogían y recuperaban las experiencias de violencia y de colapso de la vida cotidiana. Por otro lado, nos interesó especialmente registrar y leer narrativas emergentes que dieran cuenta de un nuevo tipo de socialidad reducida y de agencia que varió en su funcionamiento de acuerdo con determinaciones de clase, racialización, género, corporalidad y ubicación geográfica.

Desde tal marco, sostenemos que la pandemia afectó en diversos niveles y de manera desigual a los sectores subalternizados, que habitan / transitan “al sur de la cuarentena” y que contribuyen al desarrollo de una epistemología del Sur. Esta implica pensar una contemporaneidad “amplia, heterogénea, internamente desigual y combinada”, diversa y con copresencia de contradicciones en la cual es necesario revalorizar concepciones de la realidad que difiera del modo de pensar / vivir de las clases dominantes situadas en el Norte global (de Sousa Santos, 2021). A su vez, se trata de retomar y contribuir a un “pensamiento otro”, sobre el cual “desandar los caminos tortuosos de la colonialidad del poder / saber” y generar un modo “periférico”, “lateral” y “excentrado” de producción del pensamiento (Grüner, 2011, pp. 56-57).

A partir del objetivo general, los puntos de partida y las premisas ya planteadas, nuestra investigación hizo foco en diversos colectivos, comunidades, espacios, y relevó distintos modos de comunicación de experiencias en diferentes regiones del país en las que habitamos / investigamos lxs investigadorxs reunidxs en este equipo. Así, en Mendoza realizamos, por un lado, entrevistas en profundidad a referentes de colectivas que integran *Ni Una Menos Mendoza*, la organización feminista más grande de la provincia. A partir de entender a

los activismos como práctica política, identificamos a las violencias patriarcales y las tareas de cuidado como tópicos nodales, derivados o emergentes, sobre todo en ASPO. Por otro lado, revisamos las narrativas construidas durante 2020 por *La Mosquitera*, medio de comunicación popular mendocino. También en Mendoza construimos una cartografía de narrativas / intervenciones que dan cuenta de las condiciones de excepcionalidad generadas por el aislamiento obligatorio, sus consecuencias sobre mujeres y personas LGTTBIQ+. Y observamos cómo el aumento del activismo feminista implicó una proliferación de narrativas disruptivas respecto de la narrativa de “la normalidad” instalada por el *statu quo* patriarcal en el marco de la pandemia. Para ello configuramos un corpus de declaraciones, manifiestos, denuncias, argumentaciones políticas y relatos publicados durante 2020 en redes sociales de organizaciones feministas autónomas y cuyo activismo e incidencia se desarrollan en distintos territorios de la provincia.

En Chubut enfocamos el análisis en narrativas de experiencias cotidianas en primera persona, individuales y colectivas de mujeres y disidencias sexuales que habitan la provincia. Estas narrativas se coconstruyeron en diálogo con trabajadoras y con referentes del feminismo y de la comunidad LGTTBIQ+. Aquí también pensamos estas experiencias en relación con las problemáticas señaladas por los feminismos, pero añadiendo al análisis la conflictividad social local (que antecede a la pandemia). Todo ello permitió problematizar las nociones de crisis y normalidad.

En Catamarca las narrativas emergentes fueron construidas con tejedoras, emprendedoras artesanales y feriantes de la provincia. Se interrogó por sus trayectorias y recorridos personales mediante el uso de las tecnologías de información y comunicación e internet, sus adaptaciones –o no– a las modalidades virtuales propuestas en tiempos de aislamiento y distanciamiento obligatorio. Además, revisamos la idea de identificación subjetiva de las artesanas como tejedoras y, por último, repasamos la cuestión de la transmisión generacional del conocimiento del tejido.

En Entre Ríos y Santa Fe el acento de nuestra interrogación estuvo puesto en pensar las formas, los nombres y las fronteras de las experiencias ESI en las condiciones de colapso de las prácticas áulicas. Esa trama permite tematizar la densidad de la experiencia del testimonio en relación con la voz y la escucha en la que el yo emerge; las escrituras del trauma como clave de lectura de las conexiones entre política y emoción, entre realidad social y experiencia cotidiana; y la construcción del archivo ESI como archivo de sentimientos.

Por último, en Córdoba, la indagación de experiencias y narrativas se centró en el problema de las vulneraciones acontecidas en escuelas públicas urbanas y rurales; colectivos de docentes feministas; disidencias y trabajadorxs sexuales; comedores y merenderos populares; y trabajadoras de casas de familia, todxs atravesadxs por desigualdades estructurales agravadas en este marco histórico.

En la búsqueda de perspectivas comunes que aportaran a entramar nuestras diversas trayectorias y nuestro objeto de investigación hallamos en la categoría de narrativas la posibilidad de entrelazar la problemática de lxs sujetxs, su voz y su experiencia en acto. La posibilidad de captar la vida y el tiempo de lxs sujetxs sociales se concretó en enunciados cuyo correlato es una historia que a la vez es testimonio y síntoma de una situación social. Con estas competencias presentes en los equipos de esta red, desarrollamos estudios heteróclitos y heterogéneos que permitieron captar los efectos producidos por la pandemia de COVID-19 en los vínculos interpersonales en este contexto de fin del mundo, sur de los sures.

La noción de narrativa está atada a unx enunciadordx que relata la historia, y esto se relaciona con la idea de tiempo; no solo el del relato, sino el tiempo histórico de lxs sujetxs situadxs. Desde este lugar, articulamos situadamente el cruce de ambas temporalidades en sus diferentes formas de espacialización (vida cotidiana, hogar, virtualización de la experiencia y de los lazos –sociales, laborales, sexoafectivos, educativos, culturales–) y las resituamos en clave archivística y memorial, dándole un especial valor cultural y epocal al testimonio de estas voces “otras” (Arfuch, 2007, 2018) mediante el registro, la

sistematización de materiales y el análisis discursivo. Esta clave de lectura nos permitió abrir los “pliegues” en los que coexisten visiones y formas conflictivas de experimentar el mismo proceso desde diferentes puntos de vista.

Nuestro marco de análisis retomó un conjunto de categorías provenientes de la tradición de pensamiento de Bajtín (1989) y Voloshinov (1976) considerando al lenguaje como un campo de disputa ideológica; y a la discursividad social como los límites de lo pensable, lo decible y lo argumentable en un momento histórico (Foucault, 1992; Angenot, 2010). Desde esta perspectiva, las posibilidades de lo narrable se configuran en un movimiento dialéctico en el cual aquellas son habilitadas por procesos sociales y políticos; por encuentros de trayectorias colectivas marcadas por esos procesos y por entramados de solidaridades entre lxs sujetxs. Al mismo tiempo, el acontecer mismo de lo dicho, su *tener lugar*, impacta sobre el devenir histórico colectivo y los procesos de subjetivación.

Por otra parte, la noción de narrativa es inescindible de la de experiencia. Esta última ha devenido fundamental para la teoría feminista, entendida como aquella que alude a comportamientos, acciones, pasiones, resistencias, sentimientos y percepciones, a una gama de registros del mundo anclados a la subjetividad y al mismo tiempo vinculados y determinados por condiciones materiales de existencia no elegidas por lxs sujetxs. La experiencia supone “centrarse en las cualidades de lo que se vive: acontecimientos que están situados en el tiempo, que se viven en él temporalmente, que están localizados en momentos, lugares, relaciones” (Contreras y Pérez de Lara 2010, p. 23). A su vez, es una categoría compleja en tanto y en cuanto “aparece como contradictoria porque puede ser a la vez singular o compartida, registrada, o no, en varios niveles, articulada o inarticulable, rememorada y rearticulada a través de la reflexión, productora de conocimientos y producida por ellos, con el potencial de producir actos de resistencia” (Bach, 2010, p. 162). En síntesis, la experiencia es a un mismo tiempo corporal, emocional, racional y cognitiva, y contiene al narrarse la posibilidad de comprender la experiencia

individual en relación con lo colectivo o contextual. En tal sentido es que consideramos que es engañoso nombrar las experiencias desde la singularidad y la especificidad (Ciriza, 2017). Cada uno de los enunciados con los que trabajamos –que fuimos coconstruyendo en el proceso de conversaciones, intercambios y posteriores análisis–, se ubican como eslabones de una cadena dialógica (Angenot, 1998) compuesta por ecos y recuerdos, pero también por las tendencias de una época que se está indagando. En términos de Stone-Mediatore (1999), la experiencia puede ser recuperada como núcleo para la generación de discursos y prácticas que permitan recordar y relatar las experiencias cotidianas de dominación y resistencia, situándolas en las condiciones históricas más amplias en las que se produjeron. En este sentido, Linda Alcoff (1999) explica que el mundo no es un objeto separado que construimos sino el trasfondo del cual surgen todos los actos; es el lugar y el campo para los pensamientos y las percepciones. Son, entonces, los feminismos los que vienen a aportar un lenguaje con el que podemos decir y comprender experiencias silenciadas, que no tenían palabras ni designación posible y que modifican la experiencia presente y futura. Todo ello nos permite sostener junto con Alcoff y Gray que “la experiencia no es preteórica ni la teoría es separada o separable de la experiencia, y ambas son siempre también políticas” (1993; p. 283).

Como ya lo mencionamos, la experiencia se encarna en lo corporal. Como tal, el cuerpo es una noción multifacética que abarca un amplio espectro de niveles de vivencias y de marcos de enunciación. En otras palabras, el sujeto está definido por diferentes variables (la clase, la edad, el estilo de vida, la sexualidad, la conciencia política, etcétera), que se yuxtaponen para definir y codificar los niveles de nuestra experiencia (Braidotti, 2000, p. 230).

Desde esta perspectiva, cuando hablamos de cuerpos es inevitable entenderlos desde la diferencia sexual. Al respecto, Patrizia Violi plantea que tal diferencia constituye una dimensión fundamental de nuestra experiencia y de nuestra vida y no existe ninguna actividad que no esté en cierto modo marcada, señalada o afectada por esta en

alguna de sus facetas. El hecho de que el lenguaje tienda a la neutralización e invisibilización de la diferencia sexual debe interpretarse como la inadecuación del lenguaje con respecto a las mujeres (Violi, 1991, pp. 14-15; Grasselli, 2017; Enrico, 2021, 2022). Las experiencias de las mujeres y de todxs lxs sujetxs feminizadxs y con identidades disidentes se sitúan en el espacio de lo no dicho de la cultura masculina: de lo no dicho desde el punto de vista histórico, no en tanto su indecible ontológico (Violi, 1991). Esto nos permite señalar el vínculo entre experiencia y agencia, al preguntarnos por los motivos de lxs sujetxs para decir e intervenir en la realidad de diversas maneras y para encarnar y otorgar sentido a sus luchas y resistencias. Estas formas de vivenciar, narrar y reflexionar sobre los significados de las experiencias son lo que habilita la construcción de narrativas emergentes que permiten “correr los límites de lo decible, lo visible y lo sensible” (Partenio, 2018, p. 57). Es en esta perspectiva, y en diálogo con el pensamiento gramsciano, que podemos sostener que las modulaciones discursivas desde las cuales las mujeres y cuerpos feminizados ponen en palabras sus experiencias marginalizadas se configuran a contrapelo de lo hegemónico, es decir, se articulan en un gesto discursivo capaz de perforar aquello que se acepta como lo decible y lo audible. En momentos históricos en que las correlaciones de fuerzas y las conquistas de las luchas de las mujeres, lesbianas, *gays*, bisexuales, trans, travestis, intersex y *queers* / *cuirs* abren una brecha, estas experiencias logran arrebatarle al silencio y a los discursos dominantes un locus de enunciación y una palabra articulada como Sujetx. Tales experiencias, al romper el silencio, quiebran las “jerarquías epistémicas” de los discursos dominantes y de las instituciones que los sostienen (Calvera, 1990).

Con este horizonte de fondo, apelamos a diversos registros de experiencias reuniendo distintos soportes: relevamos narrativas orales y escritas e imágenes y producciones propias de distintos espacios, en medios de comunicación y redes sociales. Asimismo, el registro de narrativas acerca de las experiencias de lxs sujetxs subalternxs durante la pandemia, partió del supuesto de que esas experiencias

merecen ser preservadas y forman parte de los registros socialmente valiosos. Por ello, cuando nos propusimos una entrada a las narrativas feministas en pandemia pensamos en la construcción de un archivo teniendo en cuenta la tensión experiencia / lenguaje que nos atravesaba. Apareció así la pregunta por las formas del archivo. Nos cuestionamos, entonces, acerca de lo que se decide que no debe olvidarse y debe ser resguardado. Y, al mismo tiempo, por la inestabilidad y resistencia de las formas cotidianas, vitales, en las que las historias renuncian a ser guardadas. La pregunta en clave feminista era acerca de qué nos importaba narrar, y de qué forma; qué hacíamos con el testimonio, pero también con la complicada relación que se establece con esa escucha / lectura y nuestras escrituras e imágenes para compartir. Esta pregunta nos resultaba central ya que, en la cocreación de estas narraciones, el registro y la transcripción no son tareas meramente “técnicas”, sino que se encuentran orientadas por la noción de un archivo afectivo o un anarchivo (Lafuente, 2015), en cuanto nos permitía pensar la construcción de fuentes documentales y archivos alejándonos del sentido tradicional de reservorio de información. Por el contrario, entendemos el acto de documentar como una oportunidad de proyección política, constituido colectivamente, inseparable de las memorias y experiencias de quienes aportan a su construcción. Partimos, así, de la necesidad de construir un “entramado rompecabezas enriquecido por las diferentes cosmovisiones” (Tomás Marquina, 2021, p. 32) que configuran la realidad. En tal entramado, nos reconocimos, como autorxs, tan afectadxs como nuestrxs investigadxs.

El conjunto de herramientas teórico-metodológicas adoptadas constituyó una estrategia de abordaje que nos permitió articular los aportes de las teorías feministas sobre el lenguaje y la historia. Tales categorías revelan la dinámica de los sentidos subyacentes, de los subtextos, útiles a la hora de comprender los nuevos acentos que adquieren las narrativas sobre las que se asienta la experiencia subjetiva, tanto de lxs entrevistadorxs como de sus entrevistadxs. Además, la ya señalada dimensión de las narrativas dominantes y

las emergentes cobró relevancia en tanto dialogó con la noción de experiencia y nos permitió articularla, ordenarla e interpretarla, teniendo en cuenta que no es totalmente inteligible ni comunicable: los relatos de las experiencias no constituyen una evidencia empírica transparente ni una construcción meramente retórica (Partenio, 2018, pp. 45-54).

Reflexionar sobre la pandemia como “acontecimiento”, tal como lo expone Boria (2021), nos permitió pensar dos dimensiones que, a los fines analíticos, resultan contemporáneamente pertinentes: una dimensión filosófica, que señala el carácter disruptivo y de transformación de paradigmas (Badiou, 2020), y una dimensión discursiva que refiere a la noción de enunciado en su carácter de material y social (Bajtín, 1985). De esta forma pensamos la pandemia y la (pos)pandemia de modo problemático, a decir de Lazzarato (2020). Esto nos induce a tener en cuenta las transformaciones de “lo posible” como un proceso que se abre a nuevos interrogantes. En un primer nivel de análisis nos preguntamos, entonces: ¿cuáles serían las narrativas emergentes a través de la pandemia, en campos temáticos que han sido muy frecuentados por los feminismos? ¿Qué nuevos discursos y demandas sociales pudieron aparecer en este contexto? ¿Cómo aportar a registrar y visibilizar estas demandas? ¿Cómo garantizar derechos, reencauzando políticas hacia prácticas reales justas e igualitarias?

En un segundo nivel, que contiene un horizonte profundamente emancipatorio, las preguntas subyacentes que nos guiaron tuvieron que ver con saber, primero, qué reflejo de vida podíamos conservar a salvo, en el plano de nuestra vida cotidiana. En segundo lugar, si estábamos a la altura de una transformación sostenible y vital, anticapitalista, anticolonial y antipatriarcal que redefiniera las fronteras del contrato ecológico, geopolítico, humanitario y social, como lo requiere con urgencia nuestro mundo.

Desde estos interrogantes, reflexiones y afecciones observamos el marco histórico del acontecer pandémico, situando algunos supuestos iniciales de investigación que anticiparon nuestro análisis:

- El confinamiento social ensanchó el espacio de la vida cotidiana al mismo tiempo que condensó el espectro de tareas diarias visibilizando el tiempo del trabajo reproductivo no reconocido y no remunerado, mayormente realizado por mujeres y personas feminizadas o no heteronormadas.
- Las situaciones de violencias se magnificaron por la condición del confinamiento, atravesadas por las desigualdades y la diferenciación social y cultural del género, las sexualidades, la clase y la racialización.
- Las condiciones de excepcionalidad generadas por el aislamiento y la exacerbación de la violencia tuvieron como correlato un aumento del activismo feminista en torno de las denuncias históricas sostenidas por el movimiento de mujeres, que se trasladó de las “calles” a las “redes” como renovado espacio de manifestación pública.

Establecimos criterios de abordaje metodológico en torno de ejes cualitativos (género / clase / sexualidad / edad / salud mental / habitacionalidad) y de ejes espacio-temporales o diacrónicos (territorialidad / periodización pandemia / aislamiento / postaislamiento) con el objetivo de registrar y analizar el atravesamiento de formas de sobrevulneración y violencia según condiciones de interseccionalidad, mediante distintas narrativas de experiencias de violencia y de formas de agenciamiento, resistencia, solidaridad y supervivencia. Recurrimos a estrategias de lectura analíticas que articulan, por un lado, categorías provenientes del análisis social de los discursos y, por otro, de la historia oral en clave feminista que entiende a la entrevista como una conversación (Fernández Hasan, 2020; Haraway, 1991, Passerini, 2016), ofreciendo una interpretación que nos permitió reconocer la complejidad política y ética de esa materialidad discursiva. Se trató de una lectura a contrapelo para dar cuenta de las modulaciones y operaciones ideológicas que se pusieron en juego, recuperando las narrativas acerca de la vida cotidiana de un

momento histórico, político, económico, social y cultural específico que tensionó los significados construidos desde el sentido común de la discursividad patriarcal.

El diálogo polifónico que presentamos aquí tiene como punto de encuentro y como horizonte pensar y hablar desde / en / con los feminismos, en tanto estos “vienen a aportar un lenguaje con el que podemos decir y comprender experiencias silenciadas, que no tenían palabras ni designación posible y que modifican la experiencia” (Fernández Hasan, Salvarredi y Gil, en prensa). Es un diálogo que está también marcado por lo que nuestras ubicaciones geo-corporalíticas implican: vivir e investigar desde el sur de las genealogías feministas es el paso previo para la construcción de a(na)rquivos, poéticas, narrativas que mantengan vivas las experiencias producidas en los márgenes.

Resultados. De los supuestos iniciales a las categorías emergentes. Cuidados para sostener la vida

Como dijimos, la investigación se concentró en el trabajo con una serie amplia de configuraciones discursivas (testimonios, entrevistas individuales y colectivas, voces de trabajadorxs, relatos, imágenes, producciones pedagógicas, posteos en redes sociales de colectivas feministas, coberturas de medios de comunicación contrahegemónicos), fuentes orales y escritas relevadas por los seis nodos que conforman el equipo de investigación. Partimos de cuatro conjeturas que nos permitieron el ingreso en los diferentes territorios. Por un lado, una intensificación de las violencias patriarcales y violencias derivadas de la situación de excepcionalidad. Por el otro, una agudización de la división sexual del trabajo con una sobrecarga de las tareas reproductivas y de cuidado, sobre todo para las mujeres y lxs sujetxs feminizadx. Además, la profundización de las desigualdades sociales y, finalmente, una mayor dificultad para el acceso al derecho a la salud y la educación.

Fuimos verificando estos supuestos en el transcurso del análisis mientras emergían núcleos de sentido que no habíamos adelantado. Entre estos núcleos destacamos aquí “nuevas formas de vincularse”, por considerarlo el de mayor novedad. Las medidas tomadas en tiempos de ASPO llevaron a crear novedosos modos de vincularse, relacionados a prácticas y haceres de la vida cotidiana de los que surgen sentidos inéditos del cuidado y de las afectividades.

A continuación, presentamos los resultados más relevantes observados para cada una de las conjeturas iniciales y para el núcleo de sentido emergente. De manera transversal, se erige, asimismo, otro núcleo de sentido: las diferencias territoriales en las formas en que se vivió el aislamiento. Si bien la perspectiva *situada* de nuestro estudio tenía en cuenta en su misma formulación la ubicación geográfica, los resultados finales muestran cabalmente cuánto incidió esa diferencia en las experiencias que lxs sujetxs y los colectivos tuvieron efectivamente en pandemia; y cuánto de esto se desconoció por parte de las políticas públicas a la hora de diseñar e implementar las medidas de prevención sanitaria durante la emergencia.

Violencias

En relación con las violencias patriarcales en el hogar circuló una suerte de narrativa acerca de su crecimiento en pandemia debido a la situación de excepcionalidad impuesta por el ASPO durante el 2020, lo que motivó acciones para enfrentarla, tanto por parte del activismo feminista como por el Estado. En este sentido, registramos:

Por parte de las feministas:

- Preocupación por la permanencia en el hogar con los agresores.
- Preocupación ante la escasez de respuesta del Estado ante situaciones que no tuvieran que ver directamente con el COVID-19.

- Procesos colectivos de crecimiento y organización de los feminismos: desnaturalización de la violencia como *continuum* a través de sus diversos intersticios (en las familias, las organizaciones, las instituciones, la economía, el lenguaje, los vínculos).
- Implementación de nuevas formas de acompañamiento feministas: desarrollo de dispositivos comunitarios locales, diseño e implementación de aplicaciones de acompañamiento en redes sociales, rondas de cuidado, atención de denuncias puntuales, colaboración con las denuncias virtuales.

Por parte de lxs docentes:

- El ingreso de lxs docentes en el espacio doméstico a través de las pantallas permitió la visibilización de situaciones de vulneración de derechos: familias subalternizadas, violencias, posibles situaciones de acoso o abuso, precarización laboral, escasa distribución sexual del trabajo, recursos tecnológicos insuficientes, etc. Esto les dio a las docentes la posibilidad de observar con mayor detalle dinámicas y situaciones de alarma al estar en contacto con la cotidianidad de las familias de manera virtual.

En cuanto a violencias surgidas de la situación de excepcionalidad y represión, la clasificación entre sujetxs esenciales y no esenciales, de acuerdo a las tareas realizadas, produjo una distinción entre quienes estaban autorizadx, y quienes no, a circular por el espacio público; y les confirió atribuciones a las fuerzas represivas para hacer cumplir las medidas. De este modo registramos:

- Vulneraciones en el espacio público de sujetxs especialmente sobrevulneradx por su clase, identidad de género, racialización.
- Abuso de las fuerzas represivas sobre las personas que salían a trabajar, por ejemplo, trabajadorxs sexuales, cuentapropistas

o quienes no estaban incluidxs dentro de las habilitaciones para circular.

División sexual del trabajo

Las experiencias situadas en los territorios de las tareas de cuidados y productivas fueron diferenciales de acuerdo a la clase, al espacio geográfico / territorio, al género, a la racialización y a la pertenencia étnica, pero también de acuerdo a la ocupación y a la edad. Registramos en cuanto al espacio doméstico:

- Los diferentes territorios analizados adquirieron características propias que contrastaron con los discursos hegemónicos centrados en lo que ocurría en el Área Metropolitana de Buenos Aires, parámetro para las medidas tomadas durante el ASPO, fundamentalmente. En tal sentido, los discursos mediáticos y políticos dominantes sobre la pandemia de COVID-19 contuvieron supuestos homogeneizantes sobre las posibilidades, los sentires y los (auto)cuidados que se aplicaban a todas las personas, indistintamente de los lugares diferenciados y desiguales que éstas ocupaban en la sociedad, sin importar corporalidades, capacidades, sexualidades ni la pertenencia de clase, racialidad o género.
- El espacio doméstico urbano de clase media devino en un espacio *total* donde circulaban todas las esferas sociales: el ámbito del trabajo y de la producción de medios de subsistencia, de la educación, de la vida cotidiana, del ocio y entretenimiento, de las relaciones sexo-afectivas y de la amistad. Esto produjo, por una parte, una sobrecarga en la esfera del hogar, recayendo sobre las principales responsables de las tareas domésticas y de cuidado: las mujeres. Y por otra, el desvanecimiento de las fronteras de los tiempos y espacios de

cada una de las actividades de la vida sin discriminar qué era trabajo, qué era cuidado, qué era esparcimiento.

- Se produjo una recuperación de la dimensión política de la vida cotidiana al incorporarse en la esfera doméstica la esfera mercantil (con las prácticas laborales) y pública (con las prácticas educativas, los encuentros sociales y los reclamos políticos).

Dentro de las consecuencias de la pandemia, el sector de trabajo informal estuvo muy afectado, tanto en zonas urbanas como rurales.

- Las medidas de aislamiento se cumplieron de formas alternativas en la ruralidad dado que el virus circuló escasamente. Sin embargo, el hecho de no poder seguir con las rutinas diarias propició nuevos emprendimientos productivos de manera colectiva: dulces, condimentos, conservas, artesanías.
- Las tareas de cuidado de infancias en los territorios, en el marco del cierre de las escuelas, se realizó de forma colectiva a contrapelo de las experiencias urbanas de cuidado de la vida puertas adentro en aislamiento. Estos encuentros favorecieron procesos colectivos de crecimiento y organización propios de los feminismos.
- Las tejedoras de zonas rurales que viven de la comercialización de sus productos, sobre todo del turismo, se vieron obligadas a modificar sus mecanismos de comercialización para subsistir. Quienes tenían mayor y mejor acceso a las TIC lograron acomodarse y hasta tuvieron mayores ganancias, y quienes no se acomodaron, se vieron afectadas negativamente.

Dificultad para el acceso a derechos a la salud y la educación

Las dificultades en el acceso a los derechos a la salud y a la educación tienen al menos dos caras: una la de lxs trabajadorxs y otra las de lxs ciudadanxs en general. Registramos:

- Dificultad para el acceso a los servicios de salud debido a la protocolización ante el covid, por una parte, y la suspensión de prestaciones ante la priorización del covid sobre todas las otras enfermedades / condiciones, por otra. la narrativa hegemónica de la pandemia presentó características *exclusivas y totalizantes*: “para el covid todo, para el resto nada”. ingresar a un hospital implicó activar protocolos que anularon o desconocieron el deseo de las personas sobre cómo querían morir o vivir, volviéndolas “pacientes” del discurso médico hegemónico. se restringió a una sola idea de salud ligada al binomio cuerpo sano / cuerpo enfermo y a la enfermedad física. bajo esta premisa, las políticas hacia el sistema de salud priorizaron ciertas áreas de atención y relegaron los espacios de salud mental, así como la atención y los chequeos médicos en general.
- Durante un tiempo prolongado se suspendieron los tratamientos de pacientes crónicos, de atención de la salud mental y de la salud sexual y reproductiva, tanto los previos a la pandemia como los derivados de problemas emergentes de la pandemia ya que se daba prioridad a la atención del coronavirus.
- En cuanto a la atención del aborto, las colectivas feministas intensificaron y adaptaron las redes de acompañamientos a la virtualidad y a la situación sanitaria.

En relación con lxs trabajadorxs de la salud y de la educación:

- Sobre docentes y personal de salud se volcó gran parte del peso de esta situación que alteró la vida cotidiana y el trabajo.

Se trata de trabajos altamente feminizados, sobre todo en los sectores que se vieron más afectados por las labores que demandó la emergencia sanitaria. Tareas que se venían realizando en condiciones de precariedad, en escuelas y hospitales en malas condiciones de infraestructura, por la escasez de recursos materiales básicos como guantes de látex o tizas, por la falta de partidas presupuestarias para garantizar la higiene de las instituciones públicas, por la profundización de la explotación de lxs trabajadorxs, la precarización laboral (contratos, cargos interinos y suplencias) y, sobre todo, por ingresos económicos que se vieron licuados frente a un creciente y progresivo proceso inflacionario hasta hoy vigente.

- Al personal de salud se le intensificó dramáticamente el trabajo, en los mismos hospitales y centros de salud, sin consideración de las condiciones laborales, de infraestructura, ni de los conflictos salariales que arrastraban desde antes de la pandemia (por ejemplo, en Chubut hacía meses que no cobraban).
- Al personal docente se le modificaron las condiciones laborales al suspenderse la escuela como espacio de trabajo. En cuanto a la intensificación, tuvieron que adaptarse al entorno virtual, usar computadoras personales o teléfonos casi obsoletos, construir herramientas apropiadas al dispositivo y las tecnologías virtuales y al lenguaje informático, adaptar los espacios, reconstruir el contrato pedagógico, cambiar las formas de vincularse con lxs alumnxs y familias, y dentro de la propia institución escolar. La relación docente-estudiantes se vio impactada no solo en lo pedagógico sino también (y fuertemente) en lo afectivo.
- Lxs docentes no solo se vieron expuestos al cambio acelerado de las condiciones de trabajo, sino que también fueron personal esencial, expuesto al virus y al trabajo de jornada

incesante. Los testimonios relativos a “cansancio”, “agotamiento”, “la caída en picada”, “2021 fue peor que 2020”, “volver a la normalidad”, sumado al cansancio físico, el desgaste emocional, la precariedad laboral y económica y el agotamiento psíquico llevó a lxs docentes al límite de sus capacidades personales y profesionales.

- La pérdida del aula como espacio cerrado, ya que ingresó a las casas a través de las pantallas, afectó contenidos curriculares como los de la ESI, principalmente en el nivel primario. Se menciona que la presencia de la familia en el entorno de lxs estudiantes condicionó el tipo de temáticas que se podían abordar, su modalidad, su intensidad y las posibilidades de participación.
- En cuanto a la ESI, a medida que se fue avanzando en la producción de prescripciones curriculares desde las jerarquías institucionales (o mediadas por las jurisdicciones nacional o provinciales), fue perdiendo lugar, dado que no fue considerada relevante / urgente.

Profundización de las desigualdades sociales

Las medidas sanitarias, políticas, laborales, sociales, educativas tomadas ante la emergencia por COVID-19, que tendieron a ser homogéneas en todo el país, sobre todo durante el ASPO en 2020, afectaron en diversos niveles y de manera desigual a lxs sujetos, sectores y territorios.

- Habitar el mundo en la encarnadura de un cuerpo sexuado tuvo consecuencias económicas, políticas, sociales y afectivas en dos enclaves: uno físico (la propia corporalidad y las consecuencias de la sexuación sobre las condiciones materiales de existencia) y otro virtual (lo público, lo colectivo y la contienda política).

- En una sociedad donde hay sujetos desechables, se sucedieron muertes durante la pandemia que pueden medirse / cuantificarse / cualificarse en función de la clase, las posiciones geopolíticas, los procesos de racialización, los de normalización y patologización.
- Los discursos mediáticos y políticos dominantes (hegemónicos) sobre la pandemia de COVID-19 contuvieron supuestos homogeneizantes acerca de los sentires y los (auto)cuidados a aplicar por las personas, indistintamente de los lugares diferenciados y desiguales que ocuparan en la sociedad, sin tener en cuenta sus corporalidades, capacidades, sexualidades, pertenencia de clase, racialidad o género.
- Las desigualdades previas a la emergencia no fueron contempladas ni por las políticas sanitarias ni por las políticas de comunicación. La consigna “quedate en casa” da cuenta del supuesto homogeneizante de la campaña gubernamental de prevención que presupuso determinadas condiciones para poder cumplir efectivamente el aislamiento: vivir bajo un techo, poseer trabajo estable, comida, conexión a internet, acceso a servicios, etc. y ser un tipo de corporalidad que previamente podía salir y desplazarse voluntariamente por diferentes espacios.

Nuevas formas de vincularse.

Sentidos del cuidado y afectividades / afectos

Vínculos

Las medidas de ASPO, al modificar los modos en que lxs sujetxs transitan por las esferas sociales, transformaron las formas de vincularse, a la vez que cambiaron los sentidos del cuidado y las formas de la socialidad y la afectividad. Se produjeron en este marco:

- Nuevos vínculos ante el colapso de la vida cotidiana: familias extendidas, docentes que ingresaron a los hogares, desarrollo de vínculos en la virtualidad, afianzamiento de lazos laborales o de estudio, grupos en redes sociales, relaciones sexo-afectivas de nuevo cuño (vía redes, internet, antiguos vínculos, aplicaciones virtuales), ciberactivismo, etc.
- Los sentidos de la calle en pandemia: ante la imposibilidad de transitar, la virtualidad permitió reinventar y ampliar el concepto de contacto humano, de red, de acompañamiento feminista. El activismo feminista se profundizó en 2020 a través de las redes sociales, optimizando las estrategias que ya desplegaba y conocía, e incorporando otras modalidades como recitales en directo, maratones de transmisiones en diferentes redes complementarias durante 24 horas (Instagram, Facebook, YouTube), conversatorios con referentes de distintas latitudes, iniciativas de promoción de leyes (Ley de paridad en los medios, Ley Micaela, interrupción voluntaria del embarazo), etc.
- Las nuevas formas de vincularse variaron de acuerdo al momento de la emergencia (ASPO y DISPO) y en relación a lxs sujetxs que establecían contacto. Las redes de contención afectivas fueron fundamentales para sostener la vida y cobraron formas diversas: videollamadas, visitas que rompían las reglas del aislamiento, desacatar las normas y dormir en otras casas, “burbujas itinerantes”, llamadas telefónicas extensas, préstamos de dinero para poder comer o para “comprar comida que te guste, no para pagar deudas”. Se trató de “no perder la habilidad social del encontrarse”.
- Lo vincular en lo colectivo: la pandemia también actuó como tierra fértil para repensar y reconfigurar lo colectivo, así como para imaginar y ensayar renovadas praxis solidarias y

sensibilizar la escucha de narrativas emergentes y de relatos postergados de las subalternidades de nuestra sociedad.

- Lo vincular en lo individual: la virtualidad fue fuente de trabajo y espacio de militancia, al tiempo que el encierro no resultó igualmente opresivo ni excepcional para todxs. En contra de cualquier tendencia a la homogeneización y la generalización, las experiencias vitales fueron individuales y subjetivas (de sujetos políticos, tramando espacios de disputas y afectos), fueron colectivas y militantes, fueron localizadas y situadas.

Sentidos del cuidado. Afectividades

- Se produjo una intensificación de lo que algunas feministas denominan “trabajo afectivo”. Históricamente pensado y organizado como el trabajo de conectar, enseñar, ayudar, cuidar infancias y adultxs mayores que llevan adelante las mujeres y los cuerpos feminizados, en el caso del tiempo de pandemia estos *cuidados para sostener la vida* implicaron un trabajo afectivo de cuidado colectivo, donde los “afectos” –el cuidado de lx otrx y la contención amorosa– estuvieron puestos en el centro, junto al tendido de redes feministas y transfeministas de apoyo y contención, que continúan vigentes y activas.
- Algunos tópicos de los testimonios están asociados a miedos y angustias, no en relación consigo mismxs sino en relación con personas afectivamente significativas: madres, padres, hijxs, sobrinxs, amores, amigxs. El acecho de la muerte se refleja como temor a la pérdida de unx otrx cercano, amadx o querido.
- La pandemia significó también un tipo renovado de sensibilización de las personas con cuerpos sanos hacia aquellas con

enfermedades crónicas, de riesgo y con discapacidades y, en esa misma línea, una valoración de la propia corporalidad y de la corporalidad enferma.

- La pandemia sacudió el significado de la escuela. Se produjeron nuevos géneros de experiencias donde se perdieron y reelaboraron los sentidos de lo que significa “educar”, “aprender”, “enseñar”, “sostener”. Luego del cierre de las aulas identificadas como principal lugar de exposición y contagio, llegaron las “burbujas”, las “modalidades híbridas” y los nuevos protocolos. Con la “presencialidad plena” las aulas emergieron como uno de los principales espacios de cuidados y de elaboración del trauma.
- En relación a “la *esi*” (más allá de un mero conjunto curricular de “nuevos contenidos” públicos), como herramienta para la imaginación crítica que reelabora los sentidos de la educación de hoy, fue un espacio performático de agitación afectiva específica, un escenario narrativo para actividades y procesos colectivos de construcción de experiencias, memorias y fantasías: el espacio con otros, “lo que hacemos”, “lo que (nos) pasa”, nuestras relaciones subjetivas, los sentimientos, “nuestros cuerpos y afectos”.

Lo que emerge: una ética del cuidado. Los vínculos en el centro

Se produjo una recuperación de la dimensión política de la vida cotidiana al incorporarse, como vimos, en la esfera doméstica, las esferas mercantil y pública. Las condiciones laborales y personales, las tensiones y los alivios, y esos cambios evidentes que el aislamiento fue imponiendo, modificaron las rutinas de maneras situadas y diferenciales en razón de la clase, el género, la racialización, la ubicación geográfica y el territorio.

Emergieron narrativas / intervenciones disruptivas respecto de la narrativa hegemónica de la normalidad instalada por el *statu quo* patriarcal, y de la narrativa de lo normalizado en el marco de la pandemia. En este escenario, una ética del cuidado que pone las afectividades / los vínculos *en el centro* es recurrente en las narrativas de las experiencias de los territorios: colectivas feministas, las ruralidades, las escuelas (trabajo docente y esi como performance de agitación afectiva).

El cuestionamiento del discurso del Estado acerca de quiénes son personas *esenciales*, quiénes tienen derecho a transitar, quiénes pueden ser reprimidxs por violar el aislamiento, quiénes están segurxs en casa, quienes padecen el aislamiento como amenaza a su vida, repone también la discusión en torno a una ética del cuidado que propone un tipo *otro* de modelo médico ligado al binomio “cuerpo sano / cuerpo enfermo”. Las redes de cuidado colectivo, de escucha, de acompañamiento, que atendieron condiciones situadas de ubicación geográfica, corporalidad y subjetividad se acercan a nociones alternativas a la hegemónica en relación a la narrativa totalizante impuesta como preventiva y obligatoria.

La instalación en el espacio público virtual de las demandas feministas dio lugar, a su vez, al despliegue de variadas formas alternativas de vincularidades: redes, organizaciones activistas, nuevas colectivas nacidas al calor del confinamiento, acciones de encuentro y refuerzo de la identidad feminista en redes sociales, conmemoración de fechas clave para el movimiento, acompañamiento para la interrupción voluntaria de embarazos y para casos de violencias patriarcales, etc. Emerge así, una ética del cuidado que, como construcción, implica un trabajo cotidiano de tejido, de ampliación de la conversación, de escucha, de sensibilidades crispadas. Colocar los vínculos en el centro tuvo que ver con un tipo de ética colectiva que reparó, acompañó, se pensó “junto a”, se sostuvo en el riesgo de estar con otrxs, y permaneció presente durante el tránsito de este extenso y dislocante proceso de crisis estructural.

Notas de cierre

Nuestra investigación asume una escritura de cierre que apunta a comunicar un conjunto de problematizaciones emergentes del estudio realizado entre los nodos participantes. A distancia de generalizaciones o universalizaciones, caracterizamos, interrogamos, pensamos la experiencia atendiendo especialmente a los modos de narrar(se) las situaciones, sus inscripciones temporales y espaciales, como formas privilegiadas de agenciamiento, enunciación, comunidad, resistencia.

La indagación en su conjunto propuso diversas entradas al punto de vista y las narrativas feministas en pandemia, en pos de la construcción de a(na)rchivos sobre las experiencias singulares de espacios, grupos y sujetxs subalternxs en diferentes territorios del país, en un contexto de creciente vulneración y precariedad de los sures a lo largo del mundo global, y dentro de la Argentina en particular, dada la convulsión económica y social producida por el acontecimiento pandémico. Ello supuso pensar la propia escucha como situada y comprometida, distante de cualquier pretensión de neutralidad. La categoría de experiencia y la de archivo (como la de hacer experiencia y producir archivos) en sus diversas tramas teóricas fue revisitada y problematizada, así como las nociones de discurso, hegemonía, agencia, vulnerabilidad, precariedad, diferencia, desigualdad y fragilización. Y necesariamente, la exploración, la escucha y la escritura, el sufrimiento compartido y resistido, nos enfrentaron a la exigencia de pensar / interrogar cómo afectaron en la vida cotidiana las medidas de ASPO, en los diferentes territorios que habitamos / investigamos. Desde este compromiso académico y político indagamos las violencias y la sobrecarga inédita de trabajo; las condiciones de reproducción del capitalismo heterosexista y patriarcal, desde / en el sur. Y también reparamos en los dispositivos sociales, populares, comunitarios, desplegados en la coyuntura diaria para intervenir frente al hambre, la falta de trabajo formal y

el desconcierto, en fin: frente a la pobreza y la falta de recursos en medio de la incertidumbre, las angustias y los duelos generados por el contexto pandémico.

De algún modo, la producción singular de cada nodo y el trabajo conjunto constituyen, fundamentalmente, aportes (fragmentarios y situados) a los archivos de las experiencias en pandemia desde miradas feministas focalizadas, territorializadas y puestas a dialogar. Así, fuimos configurando tramas de pensamiento de las experiencias y los a(na)rchivos, conjugados en plural, territorialmente constituidos e interseccionalmente leídos, atravesados por subordinaciones / subalternidades y conmovidos por insubordinaciones y desobediencias ante la impotencia o la imposibilidad de actuar en condiciones menos hostiles.

Apuntamos a la continuación de los aportes de / entre cada nodo, para luego considerar (en diálogo) las preguntas, categorías, miradas que atraviesan las diferentes focalizaciones y nutren problematizaciones comunes. De este modo, resaltamos experiencias que pueden pensarse y abordarse en sus distintas dimensiones y efectos, tanto en el plano de su universalidad como en las derivas particulares y situadas donde se entretajan los accesos (o limitaciones) a lo igual, lo común, las diferencias, a través del habitar los territorios sociales y subjetivos. Derechos y obligaciones jaqueados en el contexto de la excepcionalidad revelan, por tanto, tramas de desigualdades preexistentes que relucen en el gris y son evidenciadas con mayor fuerza en medio del colapso sanitario.

Durante la pandemia la medida sanitaria más relevante tuvo que ver con el distanciamiento físico para evitar la diseminación del virus. El contacto era propiciador del contagio, por eso había que separarse y encerrarse “en casa”, sin advertir que para muchas personas el estar con otras, junto a otros cuerpos, el abrazo o la mano extendida, significa la posibilidad de sostener la energía y la pasión por la vida, aspectos que nutren una noción más amplia de salud. De este modo, corroboramos que emergieron en el tiempo de pandemia nuevas afectividades y expresión de emociones vinculadas con

la felicidad, las vivencias alegres y los vínculos amorosos que sostuvieron no solamente las propias subjetividades, sino que fungieron como imaginario de futuro en un momento tan traumático.

Algunos tópicos que organizan el relato de lxs entrevistadxs aparecen asociados a miedos o angustias, no en relación consigo mismos sino en relación con personas afectivamente significativas en los vínculos vitales. Estos registros son recurrentes en la memoria de las mujeres y las disidencias y obedecen a los modos específicos en los que se configuran las memorias según el género. El conocimiento no puede separarse de lo sensible ya que, si nos preguntamos por las acciones de las personas, vemos que son movidas por las emociones y las interpretaciones que hacemos de “eso que nos pasa” por el cuerpo. Consideramos que un pensamiento crítico debe también sospechar de los binarios razón / emoción o cuerpo / mente y que “las verdades de este mundo” (Ahmed, 2015:258) dependen de nuestras emociones para vincularnos con otrxs. Esta línea que se abre como haz de luz permite pensar en futuras indagaciones relacionadas con las emociones y lo sensible, desde un punto de vista de género, que pueden profundizarse en torno de los aspectos que la emergencia mostró con especial crudeza.

A lo largo de nuestra indagación pudimos reconocer, además, la permanencia de macrorrelatos y representaciones construidos a partir de las realidades de quienes viven en CABA y en el área metropolitana de Buenos Aires (incluyendo densidad poblacional, necesidades y urgencias de los centros urbanos y la propia evolución de la pandemia) y con ello la vitalidad de los centralismos y privilegios. Los principios rectores para la definición de las políticas públicas, sobre todo en salud y seguridad, abrevaron allí. Y con esas referencias se establecieron las conductas permitidas y las prohibidas y la consecuente habilitación para que el Estado intervenga para exigir su cumplimiento.

La pandemia, según lo fuimos registrando y analizando, significó también la sensibilización de las personas con cuerpos sanos hacia aquellas con enfermedades crónicas, de riesgo y con discapacidades,

o especialmente vulnerables según la edad, la clase social, el género; la valoración de la propia corporalidad y de la corporalidad enferma; y el tendido de redes feministas y transfeministas de apoyo y contención que continúan vigentes y activas. La virtualidad se convirtió en fuente de trabajo y espacio de militancia, al tiempo que el encierro no resultó igualmente opresivo ni excepcional para todxs. En definitiva, y con el deseo de dar por tierra con cualquier tendencia a la homogeneización y la generalización, reconocemos que la pandemia también actuó como tierra fértil para repensar y reconfigurar lo colectivo, así como para imaginar y ensayar renovadas praxis solidarias y sensibilizar la escucha de las narrativas emergentes y de los relatos postergados de las subalternidades de nuestra sociedad.

A dos años de la primera declaración del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio en la emergencia ineludible de la pandemia de COVID-19, la experiencia de producir conocimiento en condiciones de fragilización de las vidas no ha cambiado para mejor: sostenemos la escritura, el pensamiento y la educación en condiciones de profunda fragmentación y extrema dificultad para el encuentro en condiciones de presencialidad, en la profundización de la crisis estructural de la educación pública, del sistema científico y del espacio social. En este marco, insistimos en la pregunta por el trauma como *trauma insidioso* en los términos de Cvetkovich (2018), por su persistencia en los gestos de temor, en los silencios –explorando los límites de esa interpretación– y en la emergencia de estrategias compartidas en las tareas de supervivencia. Arriesgamos, por tanto, un pensamiento de estas heridas como interpretante (que retorna sobre sus propios límites). Como “nombre de la experiencia de una violencia política situada, el trauma forja las conexiones manifiestas entre política y emoción; entre realidad social y experiencia cotidiana” (Cvetkovich, 2018, p. 17). Problematicamos desde estas lecturas y tensiones la persistencia del trauma, conjeturando en torno de las dificultades o los bloqueos de las experiencias de duelo en la pulsión / mandato de la vuelta a la “normalidad”. Nos preguntamos por las formas del archivo como archivo de sentimientos (Cvetkovich, 2018),

pensando –en clave feminista– en la trama de narrativas que muestran cómo la experiencia afectiva puede proporcionar la base para nuevas culturas públicas, esto es, cómo se habilita, se escucha, se comparte y se interroga el testimonio, la imaginación política que pone en escena.

Contribuciones al campo de estudios. Discusiones abiertas

El registro, desde una perspectiva feminista, de las experiencias subalternizadas en pandemia, permitió visibilizar las desigualdades que atraviesan lxs sujetxs en las distintas esferas de la vida en el capitalismo global, de acuerdo con su género, clase, racialización, edad, localización, etc. La *experiencia* resultó el nudo categorial fundamental en la construcción de saberes. Como principio general metodológico adherimos a la noción de anarchivo (Lafuente, 2015) para documentar, no en un sentido tradicional de información obtenida como un espacio de aprendizaje sino también de proyección política. Esta noción implica un archivo entre una comunidad inseparable de sus memorias: un archivo como laboratorio (Lafuente, 2015: 3) que “solo se justifica en la medida en que la comunidad lo habite, lo cure, lo abra y lo encarne”. Las regiones que integran el proyecto (Cuyo, Patagonia, Litoral, Noroeste, Centro) revelan que la pandemia no mostró una novedad sino que expuso de modo descarnado y aumentado las condiciones de crisis ya existentes.

Como ya señalamos, la narrativa hegemónica de la pandemia presentó características exclusivas y totalizantes, implementando una serie de acciones y procedimientos estereotipados que anularon, desconocieron o restringieron bajo una sola idea de salud los derechos individuales, la autonomía y el deseo. Desde esta última premisa, las políticas hacia el sistema de salud priorizaron ciertas áreas de atención, relegaron los espacios de salud mental y propiciaron políticas represivas para asegurar el cumplimiento del confinamiento en todas las geografías. En cuanto a las organizaciones feministas (el movimiento), este espacio de lucha creció y se multiplicó, destacándose

como un actor político y social relevante. Durante la pandemia los feminismos visibilizaron y denunciaron violencias y discriminación, a la vez que realizaron prácticas de solidaridad y comunidad entre sujetxs subalternizadxs; e incluso en reiteradas ocasiones reemplazaron al Estado en la emergencia poniendo en marcha acciones colectivas, realizando acompañamientos ante casos de violencia de género (ejemplo cabal es el diseño e implementación de la *app* Ni Una Menos Mza.), guiando en la realización de denuncias *online*, acompañando en los duelos y pérdidas en ASPO, organizándose en redes de cuidado y alimentación y formalizando emprendimiento rurales de economía popular en ASPO y DISPO. También las escuelas se hicieron cargo de modo propio de acciones urgentes, alimentarias, sociales, comunitarias; es decir, no solamente educativas; allí donde el Estado como dispositivo global federal no estaba llegando.

El relevamiento en Catamarca desnudó el complejo entramado de la convivencia y compatibilidad del trabajo productivo con el trabajo de reproducción de la vida en los hogares. Además, la problemática de la trasmisión generacional del conocimiento del tejido mostró dificultades derivadas de la falta de material tecnológico para afrontar otras estrategias de mercado que no implicaran el contacto presencial o puerta a puerta. Se sumó, asimismo, la carencia de conocimientos sobre el manejo de plataformas virtuales, aplicaciones y software para comercializar durante la pandemia.

En el caso de Chubut, un marco de sostenidas luchas sociales entramó a diferentes sectores sociales movilizados con anterioridad a 2020. De allí la importancia de entender las especificidades del territorio en relación con los procesos sociales globales al tiempo que en relación con las históricas lógicas hegemónicas que ubican a la Patagonia como apéndice o reflejo de la realidad de otras territorialidades dominantes. Aparece como una de las mayores consecuencias de la pandemia un incremento de la flexibilización laboral que se enmarca en dinámicas estructurales de un momento del capitalismo que extrema las desigualdades sociales.

En la región del Litoral, nuestra sistematización destaca la ausencia de acompañamiento por parte de los órganos de gobierno, como así también de las autoridades inmediatas de cada una de las escuelas (supervisorxs, por ejemplo). Se advierte la verticalidad del sistema como modo de control, garantizando la socialización de resoluciones, evaluando y exigiendo el cumplimiento de disposiciones. La pandemia no habilitó generalidades, sino que supuso sostener caso a caso, sin presupuesto que lo habilitara. La ESI emergió como posibilidad de brindar prácticas de cuidado de sí y de lxs otrxs. Se insinúan en este marco, también, lo que hemos dado en llamar formas de duelo y trauma personal y colectivo. Se trata del tiempo de la interrupción o la espera que marca la experiencia de retorno a una supuesta normalidad que, probablemente, ya no sea posible ni deseable, mientras emergen otras formas de hacer comunidad. Espera y pregunta, espera para estar juntxs, para encontrarnos y para buscar sentido. Un tiempo para “reimaginar la posibilidad de una comunidad sobre la base de la vulnerabilidad y de la pérdida” (Butler, 2006). Esta temporalidad litiga con la de la “vuelta a la normalidad” y con la de la inmediatez de ciertas formas consagradas de proyección pedagógica y solicita, por tanto, una escucha, un hacerle espacio a la intermitencia, incluso la vacilación para dar lugar a la imaginación educativa, más allá de las urgencias cotidianas que se devoran el tiempo escolar y el espacio donde podrían acontecer nuevas formas de transmisión, de conocimiento, de diálogo de saberes y de convivencia.

Reconocemos que la pandemia también devino posibilidad para repensar y reconfigurar lo colectivo, así como para esbozar y ensayar renovadas praxis solidarias. La virtualidad se convirtió en fuente de trabajo y espacio de militancia. Las narrativas de las colectivas feministas dan cuenta de resistencias de mujeres y praxis política, alianzas entre mujeres y disidencias sexuales, construcción de agencia política y epistémica. El archivo de la memoria feminista en pandemia que construimos problematiza la noción de archivo como algo

vivo y resulta insumo para los activismos futuros y para las políticas públicas.

Lineamientos para políticas públicas

Durante la pandemia por COVID-19 los feminismos han tensionado fuertemente los marcos de interpretación de las relaciones sociales construyendo nuevos sentidos sobre la realidad que resultan claves ante la profundización de las desigualdades. La transversalización de la perspectiva feminista en el ámbito de las políticas públicas implica promover mecanismos de consulta y participación del movimiento en el diseño, implementación, evaluación y gestión de las políticas. Por un lado, hemos podido observar que durante 2020 las organizaciones amplificaron sus denuncias, reclamos y exhortaciones hacia el Estado en busca de una apertura que tomara en cuenta las experiencias y problemáticas que estaban transitando diferencialmente mujeres y personas LGTTBIQ+ en tanto grupos sociales en desventaja que sufren la pérdida de (o el no acceso a) derechos. Evaluamos en estos discursos producidos la presencia de un valioso reservorio de propuestas, aprendizajes y prácticas de cuidado feminista que amerita ser tenido en cuenta al momento de significar el 2020 y trazar políticas. Por otro lado, nuestra investigación contribuye a realizar una evaluación de las consecuencias de la pandemia, al reunir narrativas emergentes, geopolíticamente situadas, que ofrecen una comprensión más amplia y diversa de las experiencias de vida de las personas. El trabajo muestra la centralidad de las narrativas dominantes y la pervivencia de binarismos (centro / periferia, activismo / producción teórica, razón / emoción; mundo público / mundo privado), cuyas lógicas deben ser dislocadas para establecer los principios que orienten la definición y planificación de políticas públicas y las formas de gobierno e implementación / traducción de programas – universales o locales– con participación social. Proponemos en tal sentido revertir la marginalidad epistémica de las producciones locales e incorporar las complejidades de las experiencias atravesadas

por categorías sociales como clase, género, procesos de racialización, ubicación geográfica, corporalidad, etc.

Los sentidos y supuestos homogeneizantes sobre la experiencia social de la pandemia reforzaron la falacia de la parte por el todo (*pars pro toto*). Es decir, la narrativa dominante que justificó las medidas de aislamiento y distanciamiento social se estructuró en torno a un universal inexistente y adjetivó en función de ello a la pandemia como excepcional, novedosa y disruptiva en la vida de todxs, cuando solo comportó la realidad de algunos grupos pensados desde principios centralistas y universales (con consecuencias universalizantes que invisibilizaron radicales y muy concretas diferencias situadas). Hay conocimiento construido en los territorios, de quienes acompañan a personas en situación de enfermedades terminales, desarrollando una ética del cuidado al final de la vida, de trayectos de formación profesional, de dispositivos alimentarios, de generación de equipos en el ámbito de la salud pública, la educación, la sexualidad, la calle, que disputan esos sentidos tradicionales y sus diferencias encarnadas. Del mismo modo, esas voces múltiples y de grupos subalternizados pueden contribuir a la construcción de criterios de vulnerabilidad que sostengan la definición de políticas con enfoques de género, interseccionalidad e interculturalidad.

Vale la misma recomendación para las economías populares de los territorios rurales en Mendoza que vieron incrementada su producción en ASPO bajo lógicas alternativas a las habituales o las modalidades de acompañamiento a las violencias en zonas del secano o la montaña.

En el caso de políticas públicas de cuidados, hemos propuesto los desarrollos de la teoría de la reproducción social como analizador para interpelar las políticas actuales. Esta categoría logra extender los análisis para abarcar los trabajos afectivos institucionalizados, sobre todo en salud y educación. Así, es posible identificar algunas transformaciones que se requieren, formuladas en clave de derecho al trabajo formal y a la continuidad laboral como sustento económico (de mujeres, disidencias y no solo de varones) y derecho al cuidado

como tarea social (a la cual se le debe asignar un salario) para lograr cambios estructurales no acotados a una distribución equitativa de tareas en los hogares y familias. Esto implica revisar las políticas redistributivas y la asignación de presupuestos; desmaternizar y desfeminizar las tareas; incluir medidas de protección del cuidado como parte de la legislación laboral, proponer licencias paritarias para quienes maternan y paternan, entre otras. Se trata de redefinir la noción misma de trabajo y la relación entre trabajo, economía, sosten, cuidado y bienestar, con la elaboración de diagnósticos situados, complejos e integrados con multiplicidad de experiencias.

Para el caso de políticas públicas en educación, Educación Sexual Integral [ESI]: sugerimos líneas de acompañamiento institucional que colaboren en “mejorar” las condiciones en las que se desarrolla la práctica docente desde una perspectiva de derechos que no puede sostenerse precariamente ni precarizando a lxs docentes (por ejemplo, mediante el sostenimiento, por parte del Estado, de cargos interinos, suplencias y salarios indignos). Deben habilitarse marcos de autonomía al interior de las instituciones para que cada equipo institucional pueda definir, creativamente, los mejores modos de intervención pedagógica y organizacional y se debe garantizar por parte del Estado el acompañamiento y las condiciones económicas y materiales necesarias para su concreción (desde las diferentes áreas centrales). Se hace imperiosa la implementación de la ESI como política pública, desde una perspectiva integral y transversal, profundizando el eje de la afectividad. La perspectiva de la ESI reconoce a la afectividad como un aspecto de la condición humana, como trama intersubjetiva y social al mismo tiempo, y propone que la escuela aloje la afectividad, la incluya en la agenda educativa, pero no desde una visión instrumental o individualista. Se trata de enlazar las experiencias subjetivas, las afectaciones que nos producen los conflictos en lo colectivo y en los diferentes contextos, promoviendo el diálogo y el encuentro entre generaciones y entre pares en el ámbito escolar, espacio privilegiado de la educación pública.

Para el caso de políticas públicas para la economía popular, mujeres, diversidades sexuales y trabajo, el estudio muestra la necesidad de programas que brinden apoyo a emprendimientos de microemprendedoras en la generación de sus productos, innovaciones tecnológicas y redes de difusión.

Entre las ciencias sociales y las políticas públicas: el desafío de articular dispositivos discursivos críticos

Nuestra investigación asumió el desafío de articular enfoques teóricos y metodológicos diferentes, propios de cada uno de los nodos que conformamos el equipo, desde un encuadre epistemológico-político feminista común (o “punto de vista” feminista). Este desafío refiere no solamente a los principales hallazgos sino a las costuras de esos cruces, el revés de la trama de los encuentros en un momento histórico inesperado en la trayectoria vital de quienes estuvimos ahí. Para la mayoría de nosotrxs no era la primera vez que llevábamos adelante una investigación desde una posición situada. Nos hemos formado en el campo de los estudios feministas y nuestros recorridos académicos y activistas tienen arraigada una preocupación por la construcción de genealogías, por la ubicación específica, por la situacionalidad, por la corporalidad, por lo que todo esto incide en la mirada y la construcción de las preguntas y los objetos de investigación. Sin embargo, el acontecimiento de la pandemia nos puso en lugares no esperados, en lo personal, en lo laboral y en lo político. La periferia de la periferia no es cualquier lugar del mundo para habitar y tampoco para construir a(na)rquivos feministas de la pandemia de COVID-19.

La relevancia de este estudio y sus resultados consiste, precisamente, en el registro de experiencias subalternizadas a la vez que en la asunción de una perspectiva feminista, entrenada en visibilizar, denunciar y resistir la violencia de género, patriarcal, racial, de clase, la naturalización de la división sexual del trabajo, y sus efectos sobre las vidas de las mujeres, personas feminizadas y LGTTBIQ+, y

en evidenciar los accesos diferenciales a derechos sociales, culturales, educativos, sexuales y (no) reproductivos.

Finalmente, la recurrencia, como dijimos, a través de las experiencias y configuraciones discursivas analizadas, de narrativas relativas a afectividades / vínculos, se erige como la contracara de la narrativa hegemónica de la normalidad instalada por el *statu quo* patriarcal y de la narrativa de lo normalizado en el marco de la pandemia. Así, una ética de los cuidados, donde afectos y nuevos tipos de vínculos se hallan *en el centro*, anuncia otras formas de organización de la vida que es necesario repensar como comunidad política en el horizonte del mundo por venir.

Bibliografía

Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género.

Alcoff, L. y Gray, L. (1993). Discurso del sobreviviente: ¿transgresión o recuperación? *Signs*, (18).

Angenot, M. (1998). *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba: UNC.

Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Arfuch, L. (1995). *La entrevista, una invención dialógica*. Barcelona: Paidós.

Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.

- Arfuch, L. (2018). *La vida narrada: memoria, subjetividad y política*. Villa María: Eduvim.
- Bach, A. M. (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*, Buenos Aires: Biblos.
- Badiou, A. (2020). Sobre la situación epidémica. En *Sopa de Wuhan*. Argentina: ASPO.
- Bajtín, M. (1985). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Boria, A. (coord.). (2011). *Itinerarios de la transgresión: políticas, sujetos, experiencias*, Córdoba: Comunicarte.
- Boria, A. y Servetto, A. (coords.). (2021). *Ética y responsabilidad en la crisis: cómo pensar este tiempo de pandemia*. Córdoba: EDICEA.
- Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2006). *Violencia, duelo y política. Vidas precarias. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Calvera, L. (1990). *Mujeres y feminismo en la Argentina*. Buenos Aires: GEL.
- Ciriza, A. (2015). Construir genealogías feministas desde el Sur: encrucijadas y tensiones. *Millcayac Revista Digital de Ciencias Sociales*, 2 (3), 2015. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/millca-digital/article/view/523>
- Ciriza, A. (2017). Militancia y academia: una genealogía fronteriza. Estudios feministas, de género y mujeres en Mendoza. *Revista Descentrada*, 1 (1), e004.

Cobo, R. (2016). *Nuevas formas de violencia patriarcal*. <http://mujeresdeguatemala.org/wp-content/uploads/2014/06/NUEVAS-FORMAS-DE-VIOLENCIA-PATRIARCAL.pdf>

Contreras, J. y Pérez de Lara, N. (comps.). (2010). *Investigar la experiencia educativa*, Madrid: Morata.

Cvetkovich, A. (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Barcelona: Bellaterra.

De Sousa Santos, B. (2022). *El futuro comienza ahora. De la pandemia a la utopía*, Madrid: Akal.

Enrico, J. (2021). Lenguajes. [Entrada]. En T. Diz, y S Gamba (coords.), *Nuevo diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos, 2021.

Enrico, J. (2022). La discursividad feminista como pulso de vida, desde las lenguas del sur global contemporáneo. *Revista de Signis*, (Semiosis y feminismos. Teorías feministas y del discurso: ensamblajes e intersecciones) <https://www.designisfels.net/publicacion/i36-semiosis-y-feminismos/>

Escobar, P.; Sotelo, R.; Saso, D.; Quiroga, M. y Brain, P. (En prensa). Un anarchivo feminista al sur del Sur: narrativas emergentes de experiencias subalternas en tiempos de pandemia. En V. Fernández Hasan (coord.), *Re-narrar la pandemia: aproximaciones desde los estudios feministas*. Buenos Aires: SB Editorial.

Fernández Hasan, V. (2020). Activismo y academia: la conversación feminista. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las ideas*, 22. <http://qellqasqa.com.ar/ojs/index.php/estudios/article/view/373>

Fernández Hasan, V.; Salvarredi, F. y Gil, A. S. (En prensa). “Juntas rompemos el silencio”: narrativas feministas sobre violencias patriarcales y tareas de cuidado durante la emergencia por

COVID- 19. En V. Fernández Hasan (coord.), *Re-narrar la pandemia: aproximaciones desde los estudios feministas*. Buenos Aires: SB Editorial.

Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.

Grasselli, F. (2017). *¿Qué le hacemos las mujeres al lenguaje? Notas sobre lenguaje, experiencia y mujeres*. [Seminario virtual de posgrado]. Feminismos del Sur: experiencias, narrativas y activismos, [Cátedra Berta Cáceres], CLACSO.

Grüner, E. (coord.). (2011). *Nuestra América y el pensar crítico. Fragmentos de pensamiento crítico de Latinoamérica y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO.

Haraway, D. (1991). Género para un diccionario marxista. *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Lafuente, A. (2015). Los laboratorios ciudadanos y el anarchivo de los comunes. https://www.academia.edu/14834106/Los_laboratorios_ciudadanos_y_el_anarchivo_de_los_comunes

Lazzarato, M. (Noviembre de 2022). La larga crisis: virus y capitalismo. [Video]. Buenos Aires, UNTREF. https://www.youtube.com/watch?v=yObTgzX_Ois

Martin Alcoff, L. (1999). Merlau-Ponty y la teoría feminista de la experiencia. *Mora*, (5), 122-138.

Partenio, F. (2018). Género, trabajo y experiencia: perspectivas teórico-metodológicas para el abordaje de las narrativas biográficas. En Karin Grammatico; Mariela Marini, y Wanda Wechsler (comps.), *Historia reciente, género y clase trabajadora*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Passerini, L. (2016). Una memoria para la Historia de las Mujeres: Problemas de Método e Interpretación. *Aletheia*, 7 (13). <http://>

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7637/pr.7637.pdf

Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rich, A. (1976). *Nacemos de mujer*. Madrid: Cátedra.

Saffioti, H. (2015). *Gênero. Patriarcado. Violência*. Sao Paulo: Expressão Popular.

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Quilmes: UNQui.

Stone-Mediatore, S. (1999). Chandra Mohanty y la revalorización de la “experiencia”. *Revista Hiperquia*, 10 (1), 85-109.

Thompson, E. P. (1981). *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica-Grupo Grijalbo.

Tomas Marquina, D. (2021). Anarchivo y producción contrahegemonica del relato. El paisaje cultural de l’Horta como caso de estudio. *ANIAV-Revista de Investigación en Artes Visuales*, (8). <https://doi.org/10.4995/aniav.2021.14638>

Violi, P. (1991). *El infinito singular*. Madrid: Cátedra.

Voloshinov, V. (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.